

© 2009, 2019, LAURA ÁVILA

© De esta edición:

2019, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5883-2

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2019

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: LUCÍA AGUIRRE

Ilustraciones: FERNANDO CARMONA

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Ávila, Laura

La Rosa del Río / Laura Ávila ; ilustrado por Fernando Carmona. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2019.

184 p. : il. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-46-5883-2

1. Literatura Infantil Argentina. 2. Narrativa Infantil Argentina. I. Carmona,
Fernando, ilus. II. Título.

CDD A863

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2019 EN PRIMERA CLASE IMPRESORES, CALIFORNIA 1231, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

La Rosa del Río

Laura Ávila

Ilustraciones de Fernando Carmona

loqueleg

Fuego

Anselmo estaba soñando que podía nadar mucho tiempo debajo del agua. No tenía miedo en el sueño porque sentía que alguien lo acompañaba. El río era cristalino y se podía ver el fondo, el lecho de barro, las plantas marinas. Todo era perfecto. Tan quieto, tan calmo, que el mismo silencio lo despertó.

En la cama de al lado dormía su hermano Gerardo. Por la ventana se veía el patio iluminado por un sol muy débil.

—Pancha, la ropa... —murmuró Anselmo.

Se sentó en la cama refregándose los ojos. Esperó que la Pancha, la esclava más vieja de la casa, se presentara en el cuarto. La llamó más fuerte, pero no apareció nadie.

Era temprano todavía, pero igual Anselmo corrió sus mantas y se levantó. Tenía puestos sus calzones de lienzo y su camisa de dormir. Hacía frío. Era 31 de julio, pleno invierno. Anselmo caminó atravesando el oscuro pasillo que lo conducía a la cocina. Algo raro sucedía. No

se escuchaba el ruido del agua hirviendo en la calderita de fierro.

—¿Pancha? —llamó.

La cocina estaba helada y desierta. Nadie había encendido el fuego. Los negros no habían hecho el desayuno.

—¿Pancha? ¿Padre?

El papá de Anselmo, don Miguel Olima, era un funcionario de la Real Audiencia, una especie de ministerio de justicia del gobierno español.

Los españoles mandaban sin discusión en todo el virreinato del Río de la Plata, hasta ese año de 1806. Pero hacía más de un mes que Buenos Aires estaba ocupada por tropas inglesas.

Don Miguel Olima no trabajaba desde que estos ingleses habían tomado la casa de gobierno, llamada por todos el Fuerte. Estaba todo el día encerrado en la sala, amargado. Así que tendría que estar, también hoy, tomando café en la mesa grande. Pero en la sala no había ni una mala sombra. Solo un frío que congelaba los huesos.

Anselmo volvió a su dormitorio arrastrando los pies. Apartó el dosel de la cama de Gerardo y le dio una palmada fuerte en el hombro.

—¡Gerardo!

Gerardo le dio la espalda sin destaparse. Anselmo vio sus rulos asomando bajo la colcha. Seguía dormido. Volvió a pegarle en el mismo lugar, esta vez con el

puño cerrado. Retrocedió rápidamente. Gerardo tenía quince años, tres más que él. Cada vez que se peleaban, Anselmo llevaba las de perder.

Gerardo se quejó en sueños, pero no se movió. Preocupado, Anselmo se acercó al lecho. Hizo bocina con las manos y le gritó a su hermano en el oído:

—¡Gerardo, padre no está! ¡La Pancha tampoco!

Gerardo murmuró:

—¡Salí!

Anselmo trató de sacarle las cobijas. Gerardo no se resistió. Solo dobló sus largas piernas, acercando las rodillas al pecho flaco. Se hizo un ovillo e intentó seguir durmiendo.

—Vos estás enfermo —dijo Anselmo.

Le puso una mano en la frente y la retiró espantado. La piel de Gerardo ardía.

—¡Tenés fiebre! —gritó.

Gerardo intentó despabilarse.

—No me embromes, enano.

—¡Es verdad! ¡Estás con *mucha* fiebre!

Gerardo se sentó en la cama. Temblaba sin poder controlarse.

—Entonces llamá a la Pancha, que me traiga una tisana.

—¡Ya te dije que la Pancha no está! ¡Estamos solos en casa!

Gerardo se recostó muy despacio, como si le doliera la cabeza.

—Tengo frío. Quiero chocolate con leche...

Anselmo se quedó mudo. Gerardo cerró los ojos y se durmió así como estaba, sin taparse. Anselmo lo cubrió con las cobijas y se sentó en su cama.

¿Y ahora? ¿Qué hacer? “Seguro que el aturdido de Gerardo tiene gripe”, pensó. “Eso le pasa por bañarse en invierno”.

10

Anselmo buscó su ropa y empezó a vestirse con mucho desgano. Luchó con los puños de la camisa por lo menos durante cinco minutos. Estaba acostumbrado a que lo vistieran los esclavos. Como pudo, se puso el chaleco, el calzón de paño y los zapatos con hebilla de plata. Sus pelos parecían un nido de teros, pero dejaría la preocupación del peinado para otro momento.

Volvió a la cocina desierta y tomó la jarra de peltre en donde la Pancha compraba el desayuno. ¡Qué cosa! Todas las mañanas tenía la leche en la mesa, lista para tomar, al alcance de su mano, así que no sabía cuántas medidas tenía que comprar ni cuánto valía.

Se puso el primer abrigo que encontró y salió a la calle.

Nadie. En la calle no había ni un alma. Anselmo empezó a asustarse en serio. “¿Qué está pasando?”, se preguntó. Caminando muy lento llegó a la plaza mayor.

El Fuerte tenía una bandera inglesa flameando en el mástil. Una guardia reforzada de soldados ingleses se paseaba por la plaza. Estaban armados hasta los dientes.

Anselmo los observó con un dejo de admiración. Los ingleses tenían unos fusiles muy modernos. Estaban ocupados en formarse en hilera: de uno en fondo, comenzaron a subir a la azotea de la recova que atravesaba la plaza. Una vez ahí, asomaron sus rojos hombros apuntando con los fusiles, como esperando una orden de fuego. Anselmo tragó saliva. Les dio la espalda y tomó por la calle del Santo Cristo. Iba llegando a la esquina cuando oyó voces. Apenas tuvo tiempo de esconderse tras la reja saliente de una ventana.

11

En la esquina apareció una chica de unos doce años con una vaca. La seguían tres soldados ingleses. El más joven le tiró de las trenzas.

Anselmo temblaba tanto, que apenas podía sostener la jarra de la leche. Sin embargo, se atrevió a asomarse una pulgada para ver mejor.

La vaca tenía los cuernos recortados, y trataba de soltarse de la cuerda que la tenía prisionera. En el nacimiento de la pata delantera lucía una extraña verruga plana. Por todo el resto del cuerpo tenía manchas de color marrón, menos en el anca. Ahí tenía grabadas a fuego una “S” y una “A”.

Los ingleses se reían. Uno le quitó la cuerda a la nena, hablándole en su áspero idioma:

—*Good asado with this cow!*

La nena gritó:

—¡Devolveme a la Manchadita! ¡Es para trabajar!

Anselmo la miró mejor. La vaca tenía unas medidas de metal pendiéndole del cuello. ¡Era la vaca de la leche, y esa nena era la lechera!

La chica, sin dudar, le metió un patadón en el tobillo al inglés que le había tirado de la trenza. El rubicundo soldado se masajeó la pierna. Uno de sus compañeros llevó la mano al fusil.

Anselmo apretó los ojos tras la reja. Tenía tanto miedo, que se le resbaló la jarra de peltre. El sonido que hizo al caer en el empedrado desierto resonó por toda la cuadra. Los ingleses se miraron entre sí, alarmados.

—*Come on, the soldier on guard...*

En un segundo soltaron a la vaca y a la nena y salieron trotando rumbo a la plaza. La vaca se escapó. La chica la alcanzó y la tomó de la correa, tironeándola calle abajo.

Anselmo recuperó la jarra y le salió al paso. Ella dio un respingo. De cerca, él notó que respiraba muy agitada. También ella había pasado un momento de gran miedo. Pero ahora lo miraba como si le quisiera pegar.

—Di... disculpá. Quiero... —carraspeó Anselmo. Enseguida recobró su aplomo. Después de todo, él era hijo de un miembro de la Real Audiencia, y la nena solo



era una vendedora ambulante—: Dame leche. Tres medidas —improvisó.

Ella, en cambio, le dio un empujón que lo hizo trastabillar. Y siguió su apresurada marcha. Las medidas de la vaca chocaban entre sí produciendo un sonido de campanas. El animal estaba alterado. Movía la cola como si el aire estuviera lleno de avispas. Anselmo, atontado, se puso a corretear junto a ella.

14

—¿No me escuchaste? ¡Quiero leche!

—¡Volvete a tu casa, tilingo! ¡Corré por tu vida!

Anselmo se detuvo, confuso. ¿Por qué tendría que correr por su vida? Esa chica tendría que explicarle qué estaba pasando. A lo mejor, hasta sabía a dónde se habían ido todos.

Así que se apuró, porque la muchacha estaba llegando a la esquina de la barranca, y la tomó del brazo. Sonó una seguidilla de algo que parecían petardos. Pero no eran petardos. Eran tiros. Tiros de fusil. Anselmo gritó con una voz muy aguda. La vaca mugió aterrorizada y se soltó de la cuerda, galopando pesadamente hacia el río.

—¡Manchadita! —gritó la joven lechera.

La nena se levantó la falda, dispuesta a lanzarse a la carrera.

—¡Qué hacés! ¡Te van a matar! —le dijo Anselmo.

Ella lo miró con rabia, volvió a empujarlo y huyó hacia la plaza. Anselmo la siguió. Los tiros se oían más

cercanos, así que empezaron a correr más rápido. Pero en la plaza el panorama era peor: los ingleses de la Recova recargaban los fusiles humeantes. Los chicos atinaron a tomar por la calle de La Piedad antes de que atronaran nuevos disparos. Anselmo se metió en un zaguán.

—¡Qué pasa! ¡Qué cuernos pasa! —resolló, llevándose su medalla de la virgen milagrosa a la boca. La chica lo miró con furia.

—¡Se están preparando para atacar, eso pasa, idiota!

15

Una bala perdida impactó contra un friso de la casa frente a la que estaban, produciendo una lluvia de cal que los dejó blancos. Anselmo tiró la jarra y salió huyendo. La chica lo siguió. Pasaron a toda carrera frente a la elegante casa de Anselmo. Él se refugió sin ver más nada. Pero la nena se quedó en la calle, así que él volvió a salir y le indicó que entrara con un gesto.

La peste

En el interior de la casa de los Olima todo seguía oscuro y silencioso.

17

Anselmo se sacudió la cal de la ropa frente a la cocina apagada. Después se detuvo a mirar mejor a la lechera. Era muy delgadita, de grandes ojos negros, nariz respingona y tez cobriza. Sus pollerines estaban remendados y su camisa blanca tenía nudos en los puños arregados. Estaba descalza. Al parecer, ella no tenía frío, y lo estaba analizando con una mirada desdeñosa.

—¿Qué pasa? —dijo Anselmo—. ¿Por qué me mirás así?

La nena levantó un dedo y le señaló los hombros.

—Ese rebozo es de la Pancha.

Anselmo se miró. ¡Era verdad! En la confusión de la salida, se había puesto el abrigo de su esclava para salir a la calle. Rojo hasta las orejas, se lo sacó de un manotazo y lo dejó en una silla.

Ella lo inspeccionó con el mentón levantado.